

LITRI



LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO



LITRI "El torero que se ríe
de la muerte"

GANADOR DE LA OREJA DE ORO

Año I

35 cénts.

Núm. 1

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Manuel Báez "Litri"

o

El torero que se ríe
de la muerte



Su vida contada
por el diestro a

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



*Imp. Garrofé-Villarroel, 12 y 14
Barcelona*

¡Ahí está el «Litri»!

Son las diez menos cuarto de la noche cuando llegamos al Hotel Sudamericano.

La presencia de un ómnibus detenido a la puerta y rodeado de curiosos, nos indica que el torero triunfador acaba de llegar.

En efecto.

Una exclamación proferida con asombro admirativo por varios circunstantes lo comprueba seguidamente.

—¡Ahí está el «Litri»! ¡Ahí está el «Litri»!—repite apiñándose en torno del héroe para contemplarle a su sabor.

—¿Quién es el «Litri»?—pregunta un indiferente, al pasar.

Los interrogados le miran con indignada agresividad.

—¿Quién va a ser, so pasmao? ¡El torero *fetén*! El que se llevó en la corrida de la Prensa de este año, por votación pública, la «oreja de oro». ¡Mí que no estar enterao! ¡La *iznorancia* que se derrocha en España! Luego nos extrañamos de que por ahí fuera nos tachen de incultos. ¡Con razón, señor! ¡Mientras haya seres así!

—¿Y si es analfabeto el hombre?

—Por mí pué ser iconoclasta. ¡Nos ha revacunao el tío!

Apenas iniciado este alubión de poco gratas consideraciones, el transeunte ignorante marchó por la calle abajo, sin atreverse a formular la más leve protesta, temeroso de que la censura popular procediese de modo más rotundo y contundente sobre cualquiera de sus órganos corporales.

¡Cualquiera que estime en algo su integridad fisiológica, se atreve a negar o discutir la infalibilidad

del ídolo con uno de esos entusiastas y castizos representantes de la «afición»!

El fervor con que Iberia rinde culto a la fiesta taurina tiene, por su exaltación fanática, mucho de rito.

Recuerden ustedes sino las broncas, los palos y las bofetadas con que los oficiantes partidistas del ten-



Apunte del natural, por Solís Avila

dido «confirmar» frecuentemente al neófito que osa profanar con un indocto comentario la respetable convicción de sus creencias.

«Litri», por su valor inigualable que le hizo en cierta ocasión reírse de la muerte, consiguió ser colocado en el sitial de los ídolos, y sus devotos en la fiesta brava son tan numerosos como los del santo de moda (que también las divinas regiones sufren la influencia ridícula de la forzosa elegancia),

Abriéndonos paso violentamente conseguimos atravesar el bloque de la compacta muchedumbre logrando ¡por fin! vernos junto a los ocupantes del ómnibus, los cuales, a la sazón, recogían los diversos líos de espadas y capotes que forman el equipaje característico de cuantos al toreo se dedican.

No conocíamos personalmente a Manuel Báez.

—Ahí le tién ustés—nos indicó un individuo bajo, rechoncho y simpático que formaba parte de la cuadrilla, señalando a un jovenzuelo de escasa estatura y resuelto ademán que, bajo la visera de su gorra de viaje, ocultaba la negrura de unos ojos sarracenos, muy en armonía con el bronce de su tez amorenada.

—¿El «Litri»...?

—Servidor de ustés.

—Perdone que tan inoportunamente vengamos a molestarle. Sabíamos que llegaba usted esta noche en el rápido de Andalucía.

—*Ejertivamente*. Acabamos de apearnos del tren como quien *dise*.

—¿Después de la corrida y del viaje vendrá usted cansadísimo?

—Regulá.

—Y con unos deseos muy grandes de coger la cama.

—Regulá también. Pero no hay más remedio. Mañana a las nueve de la mañana salimos pitando otra vé. ¡Ustés *carculen!*

—¡Sí que viajan ustedes!

—¡Un horró! ¡A los toreros pué decirse que nos cansa más er tren que la plasa!

—Repetimos lo del perdón y la ioportunidad; pero nuestro deber de periodistas...

—¡Ah! ¿Pero son ustedes periodistas?

—Para servirle.

—Pasen, pasen por aquí. Tomen asiento y pregunten lo que quieran. Estoy a su disposición.

—Muy agradecidos a su amabilidad, y en justa corespondencia, procuraremos ser lo más breves que nuestra extensa misión permita.

—¿Es mucho lo que van ustés a preguntarme?

—Íbamos a decirle que regular también, pero no

queremos engañarle. Se trata de que nos cuente usted su vida.

—¿Ná más?

—Comprendemos que es mucho, pero...

—¿Que es mucho? No lo crean. Mi vía tié pocas cosas que contá.

—Veamos.

—Podéis ustés preguntarme que yo contestaré.

—Mientras tanto—propone Solís Avila, el dibujante eminente, le haré yo un apunte.

—Con esta lú no sé si va usté a podé—opone el «Litri», refiriéndose a la pequeña lámpara que, en un aparato portátil y bajo oscura tulipa roja, esparce sobre una mesita próxima, el tenue resplandor que ilumina nuestro rostro, a duras penas.

—En efecto—asiente Solís—. Ésta luz no es muy a propósito.

—Vamos pa'l Pálas—que hay más alumbrao; y, de paso, tomaremos café.

—No olvides, Manolo, que mañana tienes que levantarte muy temprano—le advierte un joven flaco de carnes y de porte fino, a quien, por su correcto modo de hablar y comportarse, le suponemos niño «bien», agregado a alguna Embajada o cosa así.

Se impone a poco la presentación que nos decepciona.

—Gadea, mi banderillero de confianza...

—¡Torero un joven tan finito! ¡Parece mentira!—musitamos, llenos de asombro ante sus pocas chichas y su exquisito trato que le dan apariencias de pollo «litri».

Ya instalados en una mesa del «Palace», el verdadero «Litri»

—¿Qué van ustés a tomar?—pregunta.

—Yo una copa de «Fundador».

—A mí una de «tres cepas».

—Y a mí.

El «Litri» pide un refresco.

—¿No toma usted ninguna clase de bebidas alcohólicas?

—No, señó. No bebo,

Le ofrecemos a continuación un cigarro, que nos rechaza.

—Tampoco fumo.

—¡Caray! ¡Qué virtuoso! ¿No tiene usted ningún vicio?

—Sí, señor. Uno tengo.

—¿Cuál?

—Los dulces. Como entre en una confitería me queo solo.

—¿Le gustan?

—Más que la má.

—¿Y las faldas?

—También; pero... vamos a hablá de otra cosa, ¿No le parese?

—Vamos.

«Litri» no se acuerda de cuando nació

—Comenzaremos por el principio, es decir, por el nacimiento. ¿Cuándo vino usted al mundo?

—Yo?—interroga el «Litri» quedando pensativo breves momentos—. Pues mire usted—contesta al fin—. No lo sé.

—¿Es posible?

—¡Palabra que no me acuerdo!

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintiún años voy a cumplir.

—¿Cuándo?

—El día tres de agosto.

—A tres de agosto estamos hoy—observa uno.

—¡Calla, pues es verdá! Ni me había dao cuenta.

—¡Sí que es gracioso!

—¡Felicidades, «Litri»!

—¡Felicidades!

—Muchas gracias.

Tras de brindar por su larga existencia, continuamos:

—Usted es oriundo de Huelva, ¿verdad?

—Oriundo no sé si seré. De Huelva sí que soy,

—¿Su padre fué...?

—También torero. El célebre Miguel Báez, «Litri».

—Le recordamos con gusto. Era un matador valiente y pundonoroso que, sin armar «escándalo», sabía cumplir perfectamente con su deber.

—Usted lo ha dicho—aprueba el hombre gordo y simpático, que resulta ser Justo Quintero, «Salafto»,



«Litri» toreando en Valencia

el mozo de estoques de la familia, puesto que antes de serlo del «Litri», hijo, lo fué también del «Litri», padre.

—¿Le querrá usted mucho?—le preguntamos.

—¿A Manolo? ¡Como si fuese argo mío!—responde con visible apasionamiento—. ¿No ve usted que casi lo vi naser?

—¿Sabrá usted entonces de su vida...?

—Más que er mismo. Y sino pronto os convense-réis ustedes de que no miento.

—Cállate, «Salafto», y deja a estos señores que pregunten.

—Seré de la Cofradía der Silensio, mientras no me toque desembuchar. ¡Que desembucharé! ¡Vaya si desembucharé! En tu vía, Manolo—dice, encarándose con el matador—, hay muchas cosas dignas de que las sepa tóo er mundo. Ponga usté que...

—¿Quiés callarte, o te miento la bicha?

—¡Lagarto! ¡Lagarto! ¡Lagarto! ¡Eso sí que no, me caigo en la má!—suplica, con terror supersticioso, el «Salaíto».

Y, acobardado por la amenaza, enmudece... durante cinco minutos, al cabo de los cuales, torna a intervenir, pintorescamente, en el diálogo.

«Litri», entonces, comienza a hablarnos de su vida.

La infancia del diestro

Manuel Báez, «Litri», es un ejemplo viviente de la fuerza irreductible que ejerce en la vida de un hombre la verdadera vocación.

«Litri», engendrado con pura esencia taurina y concebido en el ambiente sugestionador de la fiesta brava, nació, sin duda, para ser torero.

Y torero hubo de ser contra el mandato de la voluntad paterna, que, dominada por el cariño natural, y conocedora de los peligros que tan arriesgada profesión encierra, se oponía tercamente, terminantemente, inexorablemente, a que Manuel vistiera el traje de luces.

—Dedícate, hijo mío, a lo que quieras. Sea lo que sea yo no he de oponerme. Pero torear no ¡eso sí que no y mil veces no! ¡Bastantes fatigas le costó a tu padre ganar en el ruedo los cuatro cuartos que hoy tiene reunidos para que tú puedas vivir con el pedazo de pan asegurado.

Fueron inútiles las prohibiciones. Vanas las advertencias.

Manuel sentía en la sangre algo, más poderoso que su voluntad, que le atraía hacia los riesgos de la fiesta hispana, con fuerza irresistible.

Y era chico, muy chico, cuando ya su afán de

arrimarse a los cuernos amorataba sus carnes con las primeras violetas del dolor.

—Tendría yo sinco años—declara el valeroso totero—cuando, utilizando por capote un delantalillo, me salía a la calle; y al pasar las vacas que reparten la leche a domicilio, me ponía yo elante de ellas y tanto me arrimaba que ¡es claro! rodaba por el suelo y me llevaba una hartá de pisotones de los bichos, que pasaban por ensima de mí, sin haserme caso.

—¿Y usted no escarmentaba?

—¡Quiá, no señó! Seguía y seguía, cá vez con más afisión.

—¿Y su padre no hacía nada por evitarlo?

—¿Que sí hasía? Ahora les voy a contar.

—Escuche, escuche usted, que esto es mu grasio-so—nos advierte el «Salaíto», que sonríe de antemano con socarronería bonachona.

—Un día, tendría yo diez o dose años, cuando va mi papá y me dise mu serio:

—Oye, Manolillo, ¿tú quieres torea de veras?

Al oírle, pegué un sarto de titiritero, de la alegría que me dió.

—Sí, papá. Sí quiero.

—Bueno, hijo. Pues vas a cansarte de torea.

—¿De veras?

—Tú lo verás.

—Y efertivamente. En la Ribera, una tarde me sortaron quince o veinte beserros de la peor ganadería que pué habé.

—¿Eran de Miura?

—No, señó. Eran de pronóstico.

—¿Le darían un palizón?

—Regulá.

—¿Se afligiría su padre mucho?

—Ar contrario. ¿No ve usted que lo hiso a posta, para que, a fuersa de gorpes, se me quitase la afisión?

—¡Caracoles! ¡Si que es un procedimiento contundente!

—Usted no sabe lo que yo he pasao.

—¿Le produjeron algún efecto los porrazos?

—En la parte morá, ninguno.

—Supongo que después de la paliza, la parte *morá*, como usted dice, sería todo el cuerpo.

—Sí, señó. Pero no es eso lo que yo quiero desí. Me refería a la «morá» de la moralidá.

—Ya, ya le he entendido.

—No contento con esta probatura, y al ver que yo seguía cá vez más emperrao, de acuerdo con él, un amigo de mi papá fué y me trajo un novillo bravo que pesaba, lo menos, dos sientos kilos y pico.

—¿Te comprometes a torearlo?—me preguntó.

—Yo sí—le contesté.

—Pues hala. Ahí lo tienes. Vamos a ver si es verdá.

—¿Y le toreó usted?

—¡Claro que sí! De primeras, como era bravo y noble, no me hizo ná. Pero después que nosotros nos fuimos a merendá y a refrescá un poco, er bicho se refrescó también y ¿pa qué le voy a usté a contá? No hise más que meterle er capote por segunda vé, y ¡zas!, a la armósfera. Repetí la suerte, y segundo acto de la misma. Volví a la carga... y continuasión de la película. Total, que, en un minuto, me cogió tres veses seguidas. ¡La zurra que me endiñó!

—¿Y usted terne que terne?

—¡A ver que vida! Cuantos más porrasos llevaba, más grande era mi ilusión por ser torero.

—¿No se escapó usted nunca para ir a las capeas de los pueblos?

—No, señó.

—Este no se ha escapao nunca de casa—añade el mozo de estoques—. Le ha tenío mucho respeto a su padre.

—¿Es un chico formal?

—Mu formá y mu bueno. No dise una palabra fea aunque lo maten. Y obeiente no hay que desí. Le manda usté «Siéntate ahí», y seis días se está sentao sin atreverse ni a pedir la comía, si no se la dan.

—¿De modo que no ha sufrido usted calvario?

—Ninguno.

—Este—prosigue el «Salaíto»—se presentaba en los

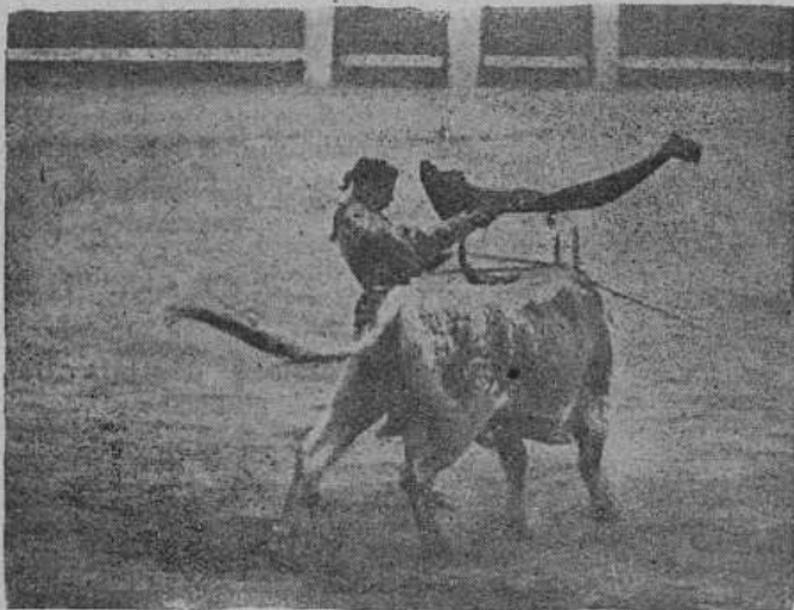
tentaderos, recomendao por el padre, y como se presentaba bien, con dinero, pues, donde había vacas mansotas, y en toas partes, le dejaban toreá.

—¿Y a su madre no la disgustaba esta inclinación?

—¿A mi madre?

—A su tía, querrá usted desí—rectifica el «Saláito»—. Manolo se ha criado con una hermana del padre. Manuela Báez Quintero, que no tiene hijos.

—Más veces he dormío en casa de ella que en casa de mi papá.



Colosal faena de «Litri» en Valencia

—Es verdá, sí, señó.

—Volviendo al asunto. ¿Cómo llegó, por fin, a realizarse la decisión del «Litri», de hacerse torero?

—Pues verá usted—nos dice su mozo de estoques—. Este estudió en un colegio particulá, la primera y la segunda enseñanza. Y cuando ya estaba pá tomar el Grado, planteó el padre la cuestión.

—Este niño va a seguí estudiando ¿o qué?—preguntó un día.

Y er niño, mu entero y mu desidió, pos fué y contestó que no.

Quedó er padre de una piesa pero comprendiendo que ná en contra podía hasé, pues fué y le dejó por imposible.

Desde entonces «Litri» no pensó más que en una cosa : en toreá en público.

—Si no asistía a las capeas, ¿de qué medios se valió para ejercitarse en el oficio?

—Pos mu sensillo. Con un carro de dos ruedas que él se hizo en casa, y ar cuá le puso una cabeza de toro, de mimbre, con dos cuernos la mar de grandes. Los demás chicos la empujaban, hasiendo que embestían, y él, pos imitaba too lo que había visto a los toreros en las fotografías de los periódicos taurinos, pos las corrías que él vió, fueron bien pocas ¡poquísimas! En Huelva apenas si hay toros.

—Er mataero fué su escuela mejó.

—Allí a los dose años, le dieron los novillos no pocos revorcones.

El primer destello del astro

—¿Cuándo mató el primer bicho?

—Siendo un chiquillo entoavía.

—¿Dónde?

—En la finca de un amigo de su padre. Acababan de traé un beserro de don José Lastra cuando surgió la cosa.

—¿Quiés que lo mate tu chico?

Negóse er padre ; pero la mayoría se impuso.

—Sí, sí, que lo mate. A vé qué maña se da.

—Er «Litri» no estaba allí. Estaba en la escuela enredao con la Geografía y la Historia Sagrá. Tuve yo que ir a buscarlo. Por sierto que cuando llegué, er maestro le preguntaba los Mandamientos de la Ley de Dios, y Manolo se había atascado en er quinto. Ni pa la Virgen se acordaba.

—No matar, hombre, no matar—tuvo que recordarle el maestro.



El Secretario de la Asociación de la Prensa de Madrid, don Eduardo Palacio Valdés, entregando a «Lltri», en la plaza de Huelva, la Oreja de Oro.

—Se comprende que a «Litri» eso de «no matar» se le resistiese. ¡Como iba a ser matador!

—Eso, eso debió ser.

—Continúe.

—Pos como iba disiendo, fui a buscarle a la escuela, le dije de lo que se trataba, y er chico, pues escapao se vino conmigo, dispuesto a dejar feo ar profesó, que seguía con er quinto, recomendándoles a los muchachos :

—No matar, hijos míos, no matar nunca.

—Ar llegó a la finca donde er beserro esperaba, tuve que quitarle el «baby» y ponerle una blusilla corta pá que pudiese torear.

—Al tirarse a matar, er bicho le enganchó y le dió una vorterata bastante aparatosa, arrancándole con los pitones un botón de la blusa. Pero «Litri» no se inmutó. ¿Y saben ustés lo que hizo er condena, así que se apartó der beserro, que se había hinchao de pisotearle? Pos venir a desirme :

—Oye, «Salaíto», vete pa allá y búscame er botón que se me ha caído, que debe estar por allí, pues luego no vamos a encontrá otro igual.

—¿Les parese a ustés si tendría tranquilidad er niño?

—En efecto, es el primer destello del astro que luego había de sorprendernos a todos con su pasmoso y temerario valor. ¿Suponemos que semejante tranquilidad ante el peligro decidiría al padre a conceder la autorización anhelada?

—Su padre—continúa el «Salaíto»—lo que hizo fué repetirle lo que tantas otras veces le había dicho ya.

—¿Qué le decía?

—Mira, hijo, si vas a ser un torero bueno, bueno, entonses... bueno. Pero si vas a ser una e esas medianías que, pa salir una vé, nesesitan la influencia der Papa, y voy a tené yo que andar recomendándote de un lao pa otro, que se te quite de la cabeza, porque eso sí que no.

—Y el «Litri» ¿qué contestó a eso?

—Lo de siempre.

—¿Persistiría en su decidido propósito?

—A pesar de tóo. Aún de la enfermedá.

—¿La enfermedad?—preguntamos con extrañeza y asombro.

—Sí, señor, sí—afirma el propio torero.

El trágico mal de «Litri»

—¿Ustés no conocen mi mal?—nos pregunta el «Litri».

—No.

—Pues es morrocotúo—argumenta el «Salaíto».

Semejante calificativo empuja nuestra imaginación hacia las regiones de la fantasía patológica, evocando los más absurdos casos clínicos.

Pronto la realidad, expresada en términos gráficos y pintoresco verismo por el matador y su mozo de espadas, supera y empujeña nuestras más atrevidas suposiciones.

Lo que al «Litri» le ocurre en el ruedo, cuando está delante de los toros, es verdaderamente una tragedia íntima, callada y muda, que agiganta hasta llegar a la sublimidad de lo heroico, el valor inconcebible y temerario que derrocha este torero en sus lances suicidas.

Avalora esto, la circunstancia muy digna de tenerse en cuenta, de que a Manuel no le acucia ni le lleva al toreo, el poder trágico y arrollador de la miseria desoladora que inspiró aquella frase tan cocida: «Más cornás da el hambre».

No.

Al moderno retador de la muerte no le pudo nunca dar el hambre una corná.

Es su vocación, su invencible y arrolladora vocación, la que justifica, con razoamientos supremos, ese sacrificio de su sangre que el lidiador ofrenda, valerosa y voluntariamente, en holocausto del divino arte y de la castiza fiesta nacional.

—De modo—interrogamos al diestro—que cuando se halla usted ante la fiera, es decir, cuando más necesita usted de todos sus sentidos, por el riesgo mortal que significa el descuido más insignificante, muchas veces...

—Muchísimas.

—El más necesario de los sentidos, o sea la vista...

—Se me nubla y no veo ná.

—¡Qué horror!

—Los ojos me prinsipian a haser así (*abriéndolos y cerrándolos rápidamente*) y no sé si lo que tengo delante es una fiera o una cupletista.

—¿Y cómo se las arregla usted para torear en esas condiciones?

—Por el buffo que da cuando embiste me figuro donde está el toro, y, carculando a siegas la distancia, me arrimo a él y le meto er capote.

—¿No sufre usted nunca las terribles consecuencias de ese trágico mal?

—¡Claro que sí! Casi toas las cogías que ha tenío, fueron por causa del... ¿Cómo se dise, tú?—inquiére el «Salaíto».

—Blefarespasmo.

—¿Se llama así la enfermedad?

—Según los médicos, sí, señó.

—¿Y consiste...?

—En un movimiento nervioso del órgano visúa que me lo produse, más que nada, la caló.

—¿Lo padece únicamente cuando está en la plaza?

—No. También por la calle me da de ves en cuando.

—¿Habrà usted sufrido muchos percances?

—De importansia, dos o tres ná más. La mayoría de las veses no me hase ná, porque me coge mu serca y me coge atropellao.

—Ventajas de arrimarse como se arrima éste—observa el «Salaíto».

—¿Te quíes callar?—le interrumpe, ofendido en su modestia, el lidiador.

—Si es la verdá—insiste aquél— ¿por qué no se ha de desir? Diga usté también, señó periodista, que éste no bebe agua nunca mientras torea.

—Eso prueba su frescura y su tranquilidad para los toros.

—Usté lo ha ic' o. Y pá probarle que es la chipén, le voy a usté a contar un detalle. Cuando le coge algún bicho, se levanta más fresco que una lechuga y escupe como un carretero.

—Una pregunta suelta. ¿Come usted cuado va a torear?

—No, señó.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta! Eso tóo er mundo lo sabe —interviene el mozo de estoques—; las cogías, teniendo lleno el bandullo, son mu peligrosas.



«Litri» en la plaza de Huelva

—Y hombre prevenío vale por sien, como dise el refrán—remata el diestro.

La primera corrida y el primer triunfo

—Ya en plan de ser torero, ¿dónde y cuándo debutó?

—Pues verá usté. La cosa fué hace dos años.

—En mil novecientos veintitrés?

—Justamente. Corría el mes de mayo. Estábamos

a mediaos ya, cuando un día se me presenta un amigo de mi papá en casa disiéndome que había llegao la ocasión y que si quería vestir el traje de luses no tenía más que desidirme y aseptar el ofresimiento que me hasía.

—¿Que era...?

—Despachar en Valencia seis novillos de don Félix Suárez de Sevilla, con Bermontito y Chaves, en sustitución de Alpargaterito y Félix Rodríguez, que eran los anunsiaos anteriormente.

—¿Y aceptó usted?

—¡Naturalmente!

—Le advierto a usted que esto susedía er diez y siete de mayo y la corría en cuestión tenía que se-lebrarse er diesinueve—detalla el «Salaíto».

—¿Tan poco tiempo?

—Ni aún er presiso pá haserme la ropa de toréa.

—¡Ah! ¿Pero no tenía usted traje de luses?

—No, señó

—¿Y cómo se las compuso?

—Agensiándome uno, hecho en casa de un tal Manfredi, sastre de Sevilla.

—¿Le sentaba bien?

—¿Que si le sentaba bien?—tercía el mozo de estoques—, peó que una ensalá de pepinos detrás de un plato e natillas. Llegó a Valencia que parecía tamente un sordao. ¡La de arrugas que llevaba er pobresito! Se le confundía con er fuelle de un acordeón.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Pá convenserse no hay más que leer la reseña de la corría que escribió en «La Voz de Valencia», der día veinte de mayo de mil novecientos veintitrés, el revistero «Pepe Caireles». Allí verá usted lo que dise der trajesito.

—¿Quedaría usted bien?

—Colosal na más—afirma Justo Quintero.

—¿Quiés callarte, «Salaíto»?

—En este caso no me llames «Salaíto»; llámame *Justo*, porque lo que digo es la verdá, sólo la verdá. Y sino que lean lo que pone «La Voz de Valencia», de tu debú, que está mu bien, mu bien.

—¿Cuándo montara en el coche para ir a la plaza, sentiría usted una emoción profunda?

—No lo crea. Iba mu tranquilo.

—Mu tranquilo, mu tranquilo diga usted que no iba, porque la facha der trajesito le tenía un poco cabreado.

—¡Hombre, claro! ¿Qué le iba a hasé sino disponía de otro? Sin embargo, los toros me respetaron. Y eso que me arrimé bastante. Tóo lo que pude.

—Como que armó el escándalo gordo. Con desirles a ustés que le dieron la oreja y le llevó el público en hombros hasta el Hotel...

Capítulo de cogidas

—¿Sufrió usted en el ejercicio de su arriesgada profesión percances de importancia?

—Sí, señó. Dos sobre tóo. Fué er primero en Arbasete. Uno de Sabino Flórez me echó mano con tan mala suerte que me dejó la *fe-moral* al descubierto.

—¡...!

—Er segundo, en Valensia, fué también de órdago a la grande.

—¿Le hizo mucho?

—Diez y seis centímetros de profundidá.

—¿Dónde?

—En la región glútea.

—Un metro treinta de gasa le metió er médico en la herida, cuando le curó. Pero cuenta, cuenta lo que te pasó en aquella corria.

—No hagan ustés caso, que no fué ná de particulá.

—Que no, ¿eh? ¡Una romería! Carculen ustés que va éste y se hinca de rodillas en el suelo, pa dar un pase, cuando viene er toro, mete la cabeza y me le da la corná de los diesiseis centímetros en salva sea la parte. Bueno, pues él va, y en vez de irse a la enfermería, que era lo que debía haber hecho, sin mirarse siquiera, siguió toreando tan tranquilo, hasta rematar la faena y darle la estocá. Es desir, que estuvo seis o siete minutos echando sangre, y sin haser caso. Cuando, por su pie, se retiró por fin, al taller

de reparaciones, la gente, como es natural, se creyó que la cosa no tenía ninguna importancia. Y hasta llegaron a dudar de lo que decía don Paco Serra, er médico. Y éste pa que vieran que era verdá, mandó que entrasen tóos los que quisieran a presenciá la cura.

—¡ Si que hace falta resistencia!

—Este tié la carne de hierro. Diesiseis días después de esta cogida, o sea, cuando aún la herida medía diez centímetros de profundidá, debutó en la plaza de Bilbao y toreó como si tal cosa.

—¡ Admirable rasgo de valor!

—Podía haberle costao caro.

—¡ Bah! ¡ Pamplinas!—exclama el «Litri» riendo con burla.

—¿ Se ríe usted de la muerte?

—Se ríe, se ríe, sí, señó—afirma seriamente Gadea, el banderillero—. Y para que se convenzan les voy a referir su último rasgo de serenidad inconcebible ante el peligro.

El torero que se ríe de la muerte

Es Gadea, el muchacho de maneras finas y hablar correcto, quien nos refiere el lance.

—Ello—nos dice—ocurió en la plaza de Huelva. Había llegado la hora de matar. Manuel cogió los trastos y se fué hacia el toro, que era uno de estos bichos nerviosos, que se revuelven y buscan el bulto. Tranquilo y confiado, como siempre, excesivamente confiado, le tendió la muleta ante el hocico. El toro se arrancó enseguida y Manuel le pudo dar varios pases que el público jaleó por el temple y el valor que en ellos puso.

En un descuido de esos que ni el torero más avisado puede evitar (recuérdese la trágica y traidora cogida del inolvidable maestro Joselito), la fiera se le arrancó, y derribándole, intentó recogerle codicioso. Quedó el cuerpo de Manuel entre sus patas, yendo a caer su cabeza debajo, precisamente, de la

del bicho. Este, sin moverse del sitio en que se hallaba, le acometió con furia, dos, tres, cuatro, seis, no sé cuantas veces, escarbando la tierra con las astas en cada derrote y quedando siempre, por verdadero milagro, la cabeza de Manuel entre los cuernos, sin recibir el daño más leve. Unicamente la tierra que el bicho, al embestir, le arrojaba en el rostro, risueño, a nuestro espada.



«Litró» en un pase de muleta en la plaza de Madrid

—¿Risueño, dice?

—Sí, señores, risueño. No rectifico. Manuel, pudimos verlo perfectamente todos, en tanto la muerte pasaba por su lado, miraba a la fiera de rojo, y reía, reía lo mismo que ahora. En la instantánea del percanche que un fotógrafo sacó en el crítico momento en que nuestros capotes lograban quitarle el toro de encima, se puede ver claramente, con el auxilio de una lupa, la risa tranquila que aún muestra el regocijado y sereno semblante del matador, a quien, por

este motivo, puede usted llamar muy bien, como he dicho antes, «el torero que se ríe de la muerte».

—¿Eh? ¿Qué les parece a ustés la tranquilidad del nene?—interroga el «Salafo».

—Estoica.

—Es... toíca la que tiene, sí, señó.

Perdonamos el chiste, mientras una admiración superlativa agiganta a nuestros ojos asombrados la figurilla menuda del cenceño lidiador, que ríe, ríe siempre como si aquella hazaña suya, delatora de un valor heroico, nada significase en el pundonoroso historial de su vida torera.

Su triunfo grande

Tras un breve paréntesis, que empleamos en apurar el contenido de las copas respectivas, reanudamos el diálogo interrumpido.

—Recuerda usted—le preguntamos al «Litri»—dónde alcanzó sus triunfos mayores?

—Mis mejores tardes las tuve en Valensia, Sevilla y Madrí. En las dos primeras salí en hombros, y en la última salí... con «la oreja de oro», galardón que nunca agradeceré bastante al inteligente y buen público de la Corte que, con su votación, me colocó, inmeresidamente, en el puesto que yo nunca había soñado.

—¿Fué en la corrida de la Prensa?

—Sí, señó. Alternando con Luis Freg, Nicanor Villalta y el «Niño de la Palma». No se me olvidará a mí esta corrida.

—¿Abrigaba usted esperanzas de llevarse «la oreja de oro» cuando la Comisión organizadora le contrató?

—No, señó. Yo salí al ruedo ¡eso sí!, como sargo siempre: con la mejó voluntad y dispuesto a haser tóo lo que supiese y los toros me dejasen. Pero no se me pasó por la imaginación que mis escasos méritos llegasen a alcanzar tan arta recompensa. ¡La Virgen de las Sintas se lo pague a tóos!

—¿Es cierto que el premio se lo va usted a donar a la Santa Patrona de Huelva?

—Eso quería ; pero luego lo he pensao mejó y voy a darle una cruz de brillantes que vale mucho más.

—Guardará usted la preciada «oreja de oro» en su casa ?

—No, señó. Ahora la tié el alcarde de Huelva, que la va a exhibir en el Ayuntamiento pa que la vean tóos, mediante la entrega de un donativo que se le dará a los pobres de la provinsia.

—No está mal la idea. Veo que no es lerda la primera autoridad múnicipe oi ubense.

—Se acordó así pa evitar disgustos la mar de gordos.

—¿ Disgustos ?

—Sí, señó. Entre los comersiantes de la localidá, que se la disputaban pa lusirla en los escaparates de ca uno.

—¡ Ah ! ¿ De modo que tanto entusiasmo había ?

—¡ Naturalmente, señó !—razona el «Salaíto»—. Tratándose de un hijo de la tierra, como éste, el entusiasmo de sus paisanos no tié ná de particulá.

—¿ Le quieren mucho allí ?

—Muchísimo. Y se lo merese. Es un muchacho bueno, serio y formal, de lo poquito que se ve. A mí me respeta tanto como a su pader.

Seguidamente evoca el grato recuerdo de la corrida celebrada en Huelva el día 2 de agosto en la cual se verificó solemnemente la ceremonia de entregar «la oreja de oro» al último campeón de la tauromaquia actual, Manuel Báez, «Litri».

Reciente todavía el zumbar clamoroso de las ovaciones en honor del torero artístico y valiente, que ha sabido escalar, con rapidez no igualada, las enhiestas cumbres de la popularidad, Gadea, «Salaíto» y todos los circunstantes, relatan, con visible emoción de entusiasmo, los pormenores y peripecias del memorable festejo.

—¡ Ha sío una cosa grande !

—¡ Muy grande !

—Después de matar su segundo toro, que fué er quinto de la corria, porque el primer espá tenía que salir de naja en er tren de aquella tarde, don Eduardo Palasio Vardés, er simpático y listísimo secretario

de la Asociación de la Prensa de Madrid, bajó al ruedo, y en el centro de la plaza, rodeado de amigos y admiradores, le entregó a éste, metida en un estuche, «la oreja» del premio. ¡Qué ovacionazo! ¿Te acuerdas?

—¡Como no me voy a acordar!—exclama el «Litri», con emocionada gratitud.

—Tan grande fue como la que luego le dieron a tu padre, que entró en la plaza en este momento para presenciar el acto, y tuvo que dar la vuelta al ruedo. ¡También, también estaba emocionado!

—¡Figúrate! Por cierto que después no volví a verle. ¿Dónde se metió?

—Se largó antes de que pisara el anillo el último toro.

—¿Sin verle a su hijo torear?—interrogamos con extrañeza.

—Mi papá no me ha visto torear nunca.

—Ni quiere verle. No tiene valor.

—¿Es posible?

—¡Como usted lo oye!

—Además, no hay quien le haga creer que su hijo ha estado delante de los toros todo lo que la gente y los periódicos dicen.

—¿Dónde y cuándo tomó la alternativa?

—El veintiocho de setiembre, del año pasado, en la plaza de Sevilla, con ganao de Moreno Santa María (antes Campos Varela).

—¿Quién se la dió?

—Chicuelo.

—¿Y la confirmó en Madrid...?

—Er 9 de octubre, con Lalanda y Villalta, en la corrida de la Cruz Roja.

—¿Qué torero de los modernos le gusta a usted más?

—¡Hombre! No puedo desírsele con fijesa, porque, como ya le he dicho antes, he visto muy pocas corridas. Pero Bermonte me gusta, desde luego.

—¿Lleva usted toreadas muchas corridas?

—De matar de toros, unas diez y ocho.

—¿Cuál es la ganadería que prefiere?

—La de don Félix Suárez, hasta ahora, porque fue



*«Litri» brindando uno de sus toros a las autoridades
de su ciudad natal*

la de mi triunfo grande. Por sierto que no he vuelto a toreá ningún toro de esta divisa, y tengo muchas ganas de entendérmelas con ellos otra ve. Se me dió muy bien aquella tarde.

—¿Los demás hierros no le agradan?

—Sí, señó. No vaya usté a creer que yo soy de esos que le toman prevensión a este o al otro ganao. Pa mí toos los toros son buenos y no me preocupo nunca de ná.

—¿De nada, de nada?

—De ná arsolutamente. Y conste que ya me figuro por donde van ustés. Pero se equivocan de medio a medio.

—¿No cree usted en la superstición?

—¡Amos, hombre! ¿Se quié usté callar? ¡Valiente pamplina! Eso no lo han inventao más que pa los tontos.

«Litri» no es supersticioso

A propósito de la «jettatura», esa tirana dominadora de la gente de coleta, que, en su mayoría, se cree amenazada de inminentes peligros, así que en su presencia se derrama la sal, se rompe un espejo, se da vueltas a una silla, se estornuda tres veces o se divisa a la suegra (¡este sí que es un peligro!), el «Litri», como hombre inteligente y libre de prejuicios ridículos, nos refiere a continuación dos episodios de su vida que para él maldita la importancia que tienen, pero que nosotros reproducimos por considerarlos de una excepcional contextura psicológica dentro de la taurina profesión.

—Fué er día de mi presentación en Madrid—comienza Manuel Báez—. Ibamos en el coche, camino de la plasa, cuando, al pasar por la calle Alcalá, apareció por una de las bocacalles lo que tanto miedo les da a mis colegas: un coche de muerto que iba pa el Este. Mi moso de espás, que es la superstición andando, pero andando muy aprisa, se puso lívido, y tóo se le vorvía desirme:

—Oye, Manué, ¿has visto por aquel lao la de gente que va a los toros?

Y se empeñaba en que yo vorviese la cabeza a tóo transe.

—Sí, hombre, sí—le contestaba yo, sin haserle caso. Pero él no se daba por vensío.

—Mira, mira—tornaba a desí—. ¡Qué animasión más colosal! ¿No ves?

Y tan perma se puso, que acabé por confesarle :

—Ya, ya lo he visto hase un buen rato. Es un entierro, ¿verdá?—Y me quedé mirando la fúnebre comitiva con la misma tranquilidad que si viese el paso de un batallón con bandera y música o una comparsa de bandidos de esos que salen por Carnaval.

El traje fatal

—Tengo además—prosiguió—un traje que es como pa haserle capitular a cualquiera. ¡La de cosas malas que me han pasao con él!

—¡Y las que te pasarán como te lo sigas poniendo! Ese trajesito debías tirarlo a la basura o dárselo a un enemigo. A Abd-El-Krim, por ejemplo. Tié pero que mu mala pata.

—Por el «Salafto» no me lo hubiera puesto más.

—¡Ah! ¡Claro que no!—confirma el mozo de estotomás, haciendo un gesto de plena convicción. Y añadió :—Yo que tú ni siquiera me atrevería a hablar de él.

—Pues yo sigo hablando de él y seguiré poniéndomelo, aunque no mucho, porque ya está el pobre bastante deterioraro.

—¿Qué traje es ese?

—Uno de los primeros que me hise. Es color tórtola y negro. Me lo puse cuando fuí a Arbasete y ¡zas! la primera cogía grande que he tenío. La de la femoral al descubierto. Me lo volví a poner en Valensia y ¡pumba!, la cogía de los diez y seis centímetros de profundidá.

—¡Sí que se las trae el trajecito! Otro cualquiera,

cómo dice muy bien el «Salafto», ya lo hubiera mandado al cuerno.

—No hase farta. El cuero, ya lo ha visto usted, se viene a él, solo. Por eso, sin duda, me cogen cuando me lo pongo.

—Es para hacerle a uno profesar la superstición.

—Pues a mí, ya lo he dicho, no me preocupa ni tanto así. Y no he dejao de ponérmelo.

—¿Y le han ocurrido con él algunos percances más?

—No, señó. La eralidad ha venío a darme la razón de que eso de las superstisiones es una tontuna completa.

—¿Por qué?

—Porque también con ese mismo traje he tenío luego muy buenas tardes.

—¡Muy buenas!

—¿Qué tal?

—Yo bien, gracias. ¿Y tú?

—¡Déjate de calambures y contesta! ¿No es verdad que también llevaba yo ese traje el año pasao, cuando corté la oreja en Madrid?

—Sierto.

—¿Y no lo llevaba cuando me sacó er público en hombros de la plasa de Sevilla?

—Siertísimo.

—Pues entonses, ¿dónde está la «jettatura» que disen?

Las mujeres y el «Litri»

Para concluir le dirigimos algunas preguntas más.

—¿Siente predilección especial por alguna de las diferetes suertes de la lidia?

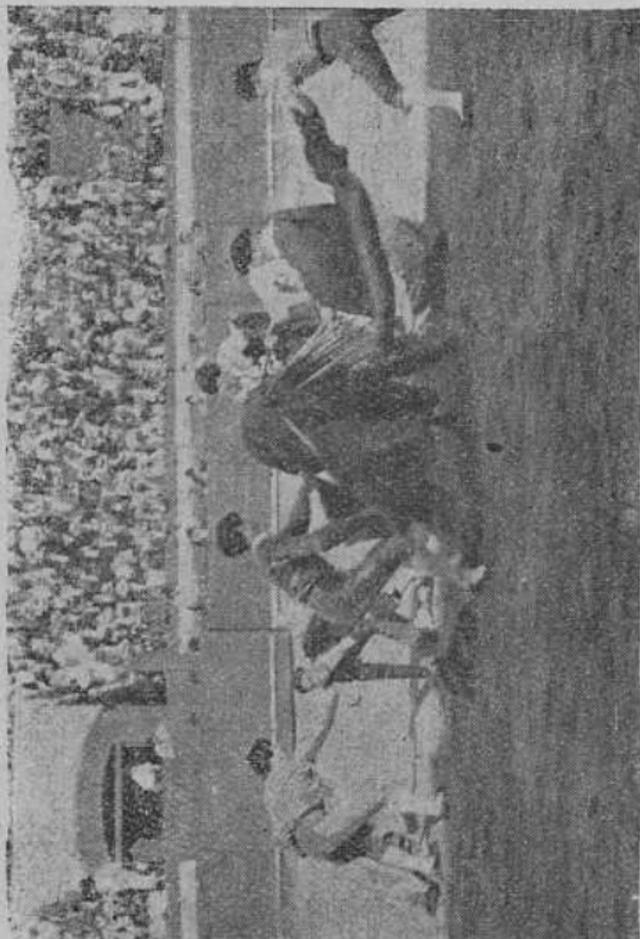
—Toas me gustan y toas procuro ejecutarlas lo mejor que puedo.

—¿Goza usted toreando?

—Con los toros marrajos, no, señó. Ahora bien cuando sale un bicho noble, se divierte uno más que er mismo público.

—¿Dónde pasa usted los inviernos?

- Con mi papá, en la finca de caza, de Gibraleón.
 —Y de amores, ¿cómo anda usted?
 —Colosarmente.
 —¿Tiene usted muchos?
 —Ninguno.



*«Litra» momentos después de la emocionante cogida en
 que su serenidad inconcebible justificó el apelativo de
 «el torero que se ríe de la muerte»*

- No lo creemos.
 —Pues lo pue usted creer. Las mujeres pa mí, por
 razones del ofisio, que exige andar bien de facurta-
 des, son fruta prohibida.
 —¿Algún billetito amoroso recibirá usted?

—Sí, señó, que los resibe—se apresura a responder su mozo de estoques.

Y, seguidamente, agrega :

—Pero los rompe tóos.

—¿Tan poco le interesan?

—Tan poco que ni siquiera los lee.

—¿No me engaña?

—Lo que le digo es la purísima.

—Conducta ejemplar que demostraría, si no lo tuviera ya probado, que su vocación por el arte es verdadera y no admite extrañas intromisiones.

—Manolo—advierte Gadea—, que son las doce de la noche y a las nueve de la mañana tenemos que levantarnos para salir camino de Vitoria.

—Sí, vamos—asiente el «Litri», levantándose.

Le acompañamos hasta la puerta del hotel.

Por el camino, charlamos un rato aparte con el mozo de espadas que es, por lo general, el depositario de cuantos secretos oculta, discretamente, la vida íntima de los toreros.

—Diga usted—le suplicamos—, ¿es cierto, efectivamente, que su matador no tiene ninguna complicación amorosa?

—¡ Hombre!—nos contesta entornando los ojos con voluptuosa expresión—. Tanto como ninguna...

—Cuenta, cuenta.

—Hay tres o cuatro «asuntos» que le interesan un poquillo.

—¡ Ah! ¿ Sí?

—Sí, señó. Pero no hay cuidao. No son cosa ninguna de peligro matrimonial.

—¿Serán mujeres corridas, seguramente?

—Si fueran corrias, como usted dise, no le dejaría yo.

—¿Por qué?

—Porque ese ganao es mu perjudisial pa los toreros.

—No lo crea usted. Yo diría que, por el contrario, es el más conveniente.

—¿Sí?

—¡ A ver! Al torero cuanto más «corridas» le salgan, mejor.

El «Salaíto», que es muy inteligente y muy bon-

dadoso, comprende, al punto, la doble intención de nuestras palabras.

Y sin enfadarse lo más mínimo por el conato de chiste, se despide, afectuosamente, de nosotros.

La mano, morena y nervuda, del lidiador valiente, se nos tiende en cordial requerimiento.

La rehusamos para, en un abrazo, y en nombre de la afición, estrechar al diestro.

Después estrechamos la diestra.

Y encantados por la franca y amable acogida que el «Litrí» nos dispensó, emprendemos la ruta del hogar pensando, con admiración sincera, que la valentía del «Litrí», por su reciedumbre varonil, es algo representativo de esta raza sublime que, en aras del pundonor, derrama, cuantas veces sea preciso, su sangre generosa.

Y pensamos también que así, modesto y humilde, aunque triunfador, camina hacia la inmortalidad «el torero que se ríe de la muerte».

ADOLFO SÁNCHEZ CARRÉRE

3 agosto 1925.



¡ÉXITO ASOMBROSO! de la original publicación

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

- N.º 1 **Ramper**
» 2 **Mercedes Serós**
» 3 **Elvira de Amaya**
» 4 **Lepe**
» 5 **Argentinita**
» 6 **Chelito**
» 7 **Luis Esteso**
» 8 **Pilar Alonso**
« 9 **LA GOYA** «Reina del cuplé»

Próximo número:

CASIMIRO ORTAS «El **as** de los cómicos»

Única publicación en su género que pone en contacto el alma del artista con la de sus admiradores por medio de interwius verdad.

Cubierta a varias tintas — Literatura selecta

Reproducción de fotografías particulares e íntimas

30 céntimos

Las novelas cinematográficas más selectas y económicas son las de

BIBLIOTECA FILMS

«Título de la supremacía»

y

FILMS DE AMOR

«El ideal de los aficionados»

como lo prueba el que han publicado ya, los primeros y más extraordinarios éxitos de la temporada.

Biblioteca Films

Núm. 49 **LOS DOS PILLETES** (2.^a ed.) 0'50 cts.

La novela que ha conmovido a toda una generación

Núm. 82 **Como don Juan de Serrallonga** 0'50 cts.

Novela de amores y traiciones

Films de Amor

Núm. 5 **RUPERTO DE HENTZAU** 0'50 cts.

segunda parte de

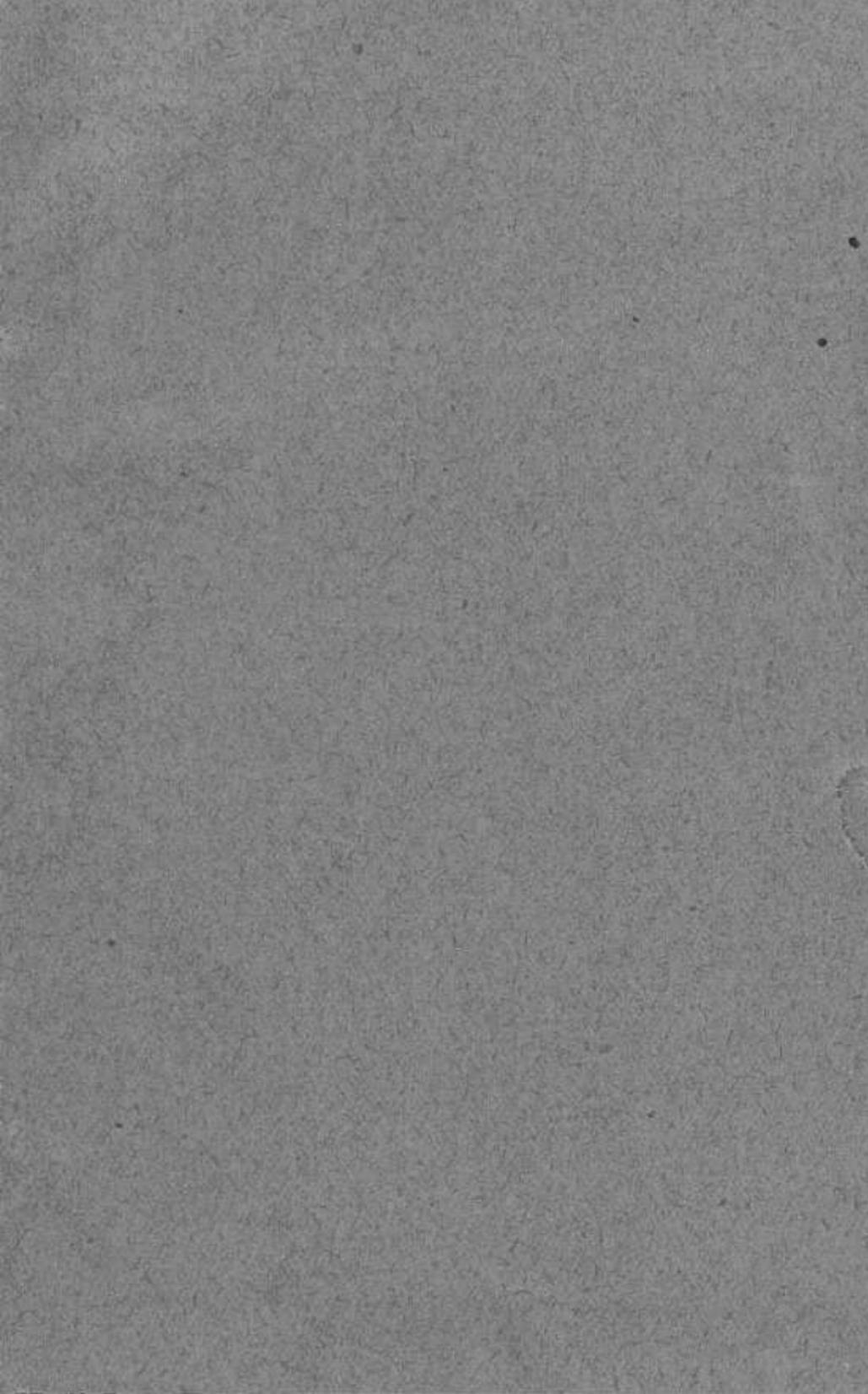
El prisionero de Zenda

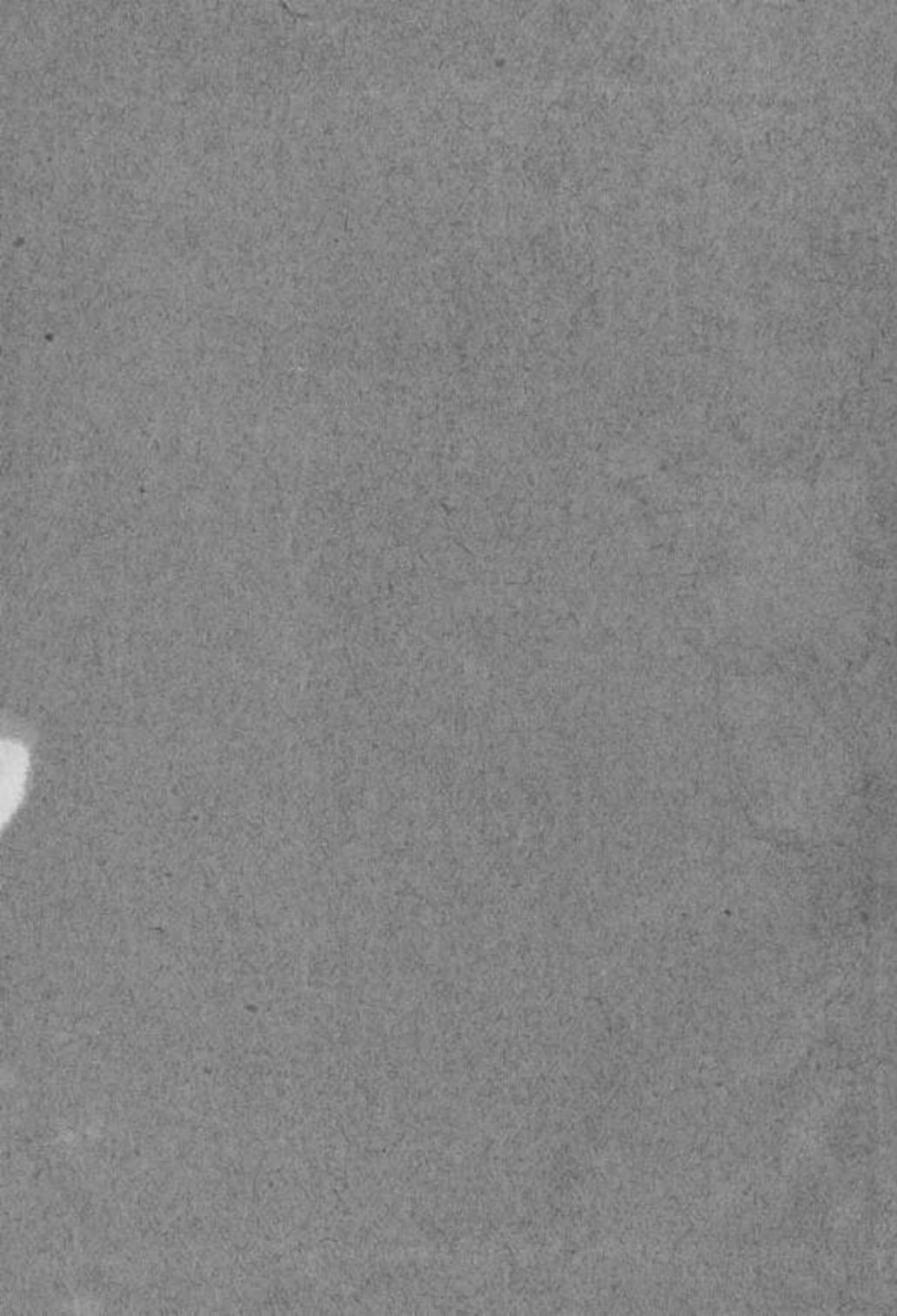
Núm. 6 **EL TREN DE LA MUERTE** 0'50 cts.

Novela sensacional y emocionante

Cubierta a varias tintas :: Literatura selecta

Si no la encuentra en su localidad pídala hoy mismo a **BIBLIOTECA FILMS**, Calabria, 96 - Barcelona





L. O. SERRAVALLO
NICOLAS
S. SECONDO, 35-1715A

2/694

